

LA IMAGEN Y EL SONIDO. CULTURA AUDIO/VISUAL.

Según la leyenda, en el año 753 a. C. dos hermanos, que habían sido amamantados por una loba, disputaron por la fundación de una ciudad. Eran Rómulo y Remo, y la ciudad, Roma. Cuál de los dos tendría el derecho a fundarla lo decidirían los dioses; el problema era comunicarse con ellos. ¿Cómo nos hablaban los seres celestiales? ¿Cuál era el lenguaje de los dioses? Para los romanos era **visual**: en este caso la aparición de unos buitres. Remo los vio primero, pero después Rómulo los vio en más cantidad. La cuestión se zanjó con un combate mortal.

Dieciséis generaciones antes, Eneas, antepasado de los dos hermanos, y huyendo de la Troya arrasada por los griegos, desembarcó en el Lacio y también buscó presagios favorables para una fundación. También fueron visuales: en este caso una cerda que amamantaba a sus numerosos lechones, que simbolizaban el poderío futuro de Roma.

De este modo los hechos principales de los orígenes romanos vienen marcados mitológicamente por **imágenes**. Los dioses nos comunican sus deseos mediante aquello que podemos ver. Así, los oráculos de la Sibila (los más importantes de Italia) eran textos que según la leyenda había entregado una vieja misteriosa, y eran leídos, observados, cuando era preciso consultarlos. También los augures, adivinos del estado, basaban su arte principalmente en la observación de diferentes fenómenos.

Y sin embargo en Grecia la cosa es muy diferente. Los oráculos de los dioses, donde los olímpicos nos comunican sus designios, no son visuales, sino **sonoros**. No lo que vemos, sino lo que escuchamos. En el más importante, el oráculo de Delfos, la Pitonisa transmitía con su voz los mensajes de Apolo, así como en Dídima, donde también se adivinaba en su nombre. En Dodona, la encina sagrada comunicaba a Zeus con los humanos mediante el sonido de sus hojas. En la cueva del dios Trofonio las predicciones se elaboraban mediante la interpretación de los desvaríos hablados del consultante. Casi todos los principales oráculos griegos hablan, se escuchan. No en vano el gran dios de la adivinación, Apolo, es también el dios de la música.

Cada uno de los dos pueblos comunica con sus dioses de manera distinta: los griegos los escuchan; los romanos los observan. De este modo, la Hélade se configura como una cultura básicamente sonora, frente a Roma que es visual.

Así, la obra principal de la literatura griega, la *Iliada*, es una narración de tradición oral, sonora, frente a las principales obras latinas, como la *Eneida*, que nacen como obra escrita, o sea, visual.

Los espectáculos helenos son fundamentalmente sonoros. El teatro, principal diversión pública en la Grecia clásica, ya sea la comedia o la tragedia, es básicamente palabra hablada. Apenas había escenario e incluso los actores llevaban máscaras, que impedían ver sus gestos pero aumentaban la potencia de la voz.

En Roma los espectáculos principales eran las luchas en el anfiteatro o las carreras en el circo, donde lo visual tiene el predominio absoluto.

Aún más importante es la consecuencia de esta división para la propia identidad de cada pueblo. Para los griegos su identidad venía dada por el idioma, es decir, por su sonoridad. Era griego el que hablaba (sonaba) griego. La propia palabra bárbaro (que significaba extranjero) deriva de cómo escuchaban a los que no eran helenos, que a ellos les parecía que balbuceaban, ba-ba-ba. Incluso dentro de la misma Grecia, la división entre jonios y dorios se establecía por sus diferentes dialectos, sus diferentes sonoridades. Esta clara diferenciación de lo griego frente a lo extranjero, y de los griegos entre sí, sería a la larga una de las causas de su ruina.

En Roma, al predominar lo visual, se construye una identidad mucho menos estrecha, donde cualquiera con forma de humano puede ser romano. De hecho, la ciudad se engrandece desde el principio por admitir continuamente nuevos ciudadanos, de todas las razas, costumbres y lenguas. Esto será la base de su futura grandeza.

Y en el ámbito del pensamiento las consecuencias son decisivas. Los griegos, al discriminar la vista, tenderán a pensar que la realidad que se ve esconde otra realidad más profunda, que es la base sobre la que en un principio nacerá la filosofía. En Roma el predominio de lo visible les llevará

a no desarrollar en demasía la metafísica.

Grecia será la cuna de la **democracia**, basada en la exposición sonora de las diferentes opiniones en la asamblea, donde uno va a escuchar o ser escuchado. Roma será la cuna del **derecho**, basado en la recopilación escrita (visual) de las leyes. Sólo al estar la ley escrita (las famosas XII tablas) puede evitarse el abuso; es el nacimiento del derecho occidental tal como lo conocemos.

Los privilegiados ojos romanos, además, crearán un arte más realista, atento a lo que se ve, frente a los impotentes ojos griegos, que elaborarán un arte de cuerpos y rostros idealizados, irreales.

Todo esto tiene su reflejo en los filósofos griegos. Platón y Aristóteles despreciarán las artes plásticas. Platón expulsa de su ciudad ideal a pintores y escultores. Aristóteles siempre considera la naturaleza superior a la obra artificial, triste copia.

La cosa cambia al hablar del arte sonoro; para los pitagóricos, la música es la esencia (arjé) del universo. Y en Platón, parte imprescindible de la educación del ciudadano perfecto.

Y la lucha de los sentidos dura hasta nuestros días. La **Modernidad** (siglo XIX y primera mitad del XX aproximadamente), estaría marcada por el sonido. Es la época del nacimiento y auge del nacionalismo, que se basa sobre todo en los idiomas. Nace el estudio del folklore, o arte popular, que se busca fundamentalmente en las leyendas y poemas orales, o en música y bailes, los sonidos de un pueblo-nación. El *Poema del Mio Cid* tiene valor en cuanto a que es recopilación de lo que se escuchaba en las plazas de antaño.

Los nacionalismos que buscan su estado, como Alemania e Italia, tienen a músicos como sus artistas máximos, por encima de los plásticos: Wagner y Verdi. No en vano, la obra musical *Carmina Burana*, de Carl Orff, estrenada en el Reich en 1937 es probablemente la única obra artística promocionada por los nazis que es popular en la actualidad.

Los pensadores del siglo XIX reflejan esta actitud. A comienzos de siglo Hegel establece una jerarquía del arte donde la poesía y la música superan a la pintura, la escultura y la arquitectura. Schopenhauer establece que la música es el reflejo de la Voluntad, la energía o fuerza que gobierna y moldea la realidad, la esencia del Cosmos. En su discípulo Nietzsche, la música es el arte dionisiaco, irracional, el arte de la vida, de la existencia, de la realidad.

El parlamentarismo decimonónico se basaba en el habla (parla), y las grandes ideologías de masas de la primera mitad del siglo XX, fascismo, socialismo, son posibles por la invención de la radio y los micrófonos que llevan el sonido a las multitudes. Es la época dorada de la importancia de la palabra hablada, sea la Pasionaria, Queipo de Llano, Goebbels, Hitler o Churchill.

La **Posmodernidad** se caracteriza sin embargo por la decadencia de las grandes ideologías. Es una sociedad multicultural, como la romana, y donde domina la imagen, como en Roma. Los discursos no son escuchados, y cuando se pregunta a alguien por un ejemplo de artista histórico, la respuesta mayoritariamente será un pintor: Leonardo, Picasso... Es la época de la televisión e internet, de los mensajes escritos por Whatsapp y sus iconos frente a las llamadas telefónicas orales, de los cuadros que valen cifras inverosímiles (y la mitificación popular de sus autores como seres trascendentales), del turismo de ver cosas, de levantar esculturas por doquier, de hacer museos de todo, de obsesión por el físico, de fotos en redes. Es el momento del diseño como parte clave de la industria. Es también el momento de la ocultación como provocación o rebeldía: así en el pintor Banksy.

En filosofía, es característico que Michel Foucault, desde mi punto de vista el más grande filósofo posmoderno, comience su obra principal con un análisis de *Las Meninas*. Y que la novela más vendida del siglo XXI esté basada en una interpretación de *La última cena* de Leonardo.

Por último es simbólico que en la Posmodernidad la música haya abandonado su lugar como arte máximo para convertirse en arte popular y ligero. Como decía la canción, el vídeo mató a la estrella de la radio.

